

Historia pública. Algunas reflexiones seltas sobre su presencia en Argentina, 2005-2023

ALEJANDRO MOREA

UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA
(UNMDP)

CONSEJO NACIONAL DE INVESTIGACIONES CIENTÍFICAS
Y TÉCNICAS (CONICET)

La pregunta que procuramos formular en estas páginas es si puede haber, en Argentina, algo así como un campo específico de la Historia Pública. Incluso nos gustaría poder ir un poco más allá y plantear si es posible un campo que sea capaz de colocarse por encima de las tensiones de la política. O, más claramente, de los gobiernos de turno, de las vicisitudes del Estado en un país en el que el pasado no es un territorio neutralizado y de acuerdos, sino que es fuerte materia de discusión. Pero antes de poder encarar una tarea que no parece de resolución sencilla, deberíamos plantearnos una pregunta anterior: ¿qué es la Historia Pública? Como ya ha sido señalado por Jill Liddignton, este es un concepto resbaladizo (2002: 2). Sin embargo, ha crecido su presencia tanto en la Argentina como en Latinoamérica en general. Si buscáramos simplificar qué entendemos por Historia Pública, podríamos decir que es todo aquello que se

hace para reflexionar o conmemorar el pasado, o para comunicar el conocimiento histórico construido en los ámbitos de investigación a audiencias no académicas, al público en general. Lo cual no estaría mal, porque parece haber consenso en que el corazón de la Historia Pública está en el hacer, pero eso no sería suficiente y, además, estaría negando la producción de aquellos historiadores que han intentado definirla con un grado de precisión mayor. Por supuesto que muchos de estos intentos de delimitación están formulados en función de los medios académicos en los que están inscriptos esos investigadores, pero también en relación a las demandas y dinámicas de las sociedades de las que forman parte. No podemos hacer un repaso muy exhaustivo en estas páginas, pero creo que sería interesante al menos reseñar algunas definiciones contrapuestas de la Historia Pública.

Quizás por eso convenga comenzar con lo propuesto por quien fungiera durante un tiempo como el presidente de la Asociación Internacional de Historia Pública, Thomas Cauvin, para quien la historia pública: “está basada en tres énfasis particulares: la comunicación de la historia a audiencias no académicas, la participación pública y la aplicación de la metodología histórica en asuntos del presente” (2018: 3). Este historiador señala que la Historia Pública se convirtió en una salida laboral muy importante para aquellos que ingresaron a las universidades a estudiar Historia en un contexto de cierta saturación del sistema académico norteamericano. Por eso, se detiene en señalar espacios de actuación de los futuros graduados en donde estos profesionales llevarían adelante propuestas de Historia Pública: museos, agencias estatales o gubernamentales, asociaciones de historia local, bibliotecas populares, ateneos culturales, canales de televisión, radios públicas, pero también privadas, parques nacionales, etc. Desde esta perspectiva, serán los graduados universitarios, entrenados

en la metodología histórica, los que harán de correa de transmisión entre el conocimiento construido en el campo científico y las grandes audiencias. Aunque la definición que esboza se pretende universal, lo cierto es que tiene mucho que ver con un contexto determinado. Por eso vamos a contraponerle otras alternativas posibles.

Marko Dematovsky plantea una definición diferente, que sobre todo se diferencia de la anterior en dos cuestiones. Por un lado, señala que lo importante es la relación de los investigadores con las narrativas o discursos identitarios que atraviesan a la sociedad en la que viven esos profesionales; en segundo lugar, que no es necesariamente algo que tengan que hacer los historiadores, que en realidad pueden intervenir en ella otros científicos sociales, ya que, al estar enfocado en las identidades y su relación con el pasado, este es un campo transdisciplinar (2018: 26-31). Al plantear esto, Dematovsky está pensando en la realidad de Alemania, donde el fenómeno migratorio (sobre todo de turcos) plantea serias dificultades en la definición de la ciudadanía y la cuestión identitaria resulta una variable central. Pensando en clave latinoamericana, nos gustaría recuperar lo propuesto por el historiador brasileño Ricardo Santhiago, quien al reflexionar sobre su medio académico y lo que se entiende por Historia Pública en otros ámbitos, propone una definición de esta última centrada en cuatro ejes prácticos y metodológicos: la historia hecha para el público que prioriza la ampliación de audiencias, la historia hecha con el público, la historia hecha por el público que incorpora formas no institucionales de historia y memoria, y la relación Historia y público centrada en la reflexividad y la autorreflexión sobre el pasado pero también sobre el oficio (2016: 28). En algún punto, lo que plantea Santhiago se parece a una definición más operativa, al estilo de lo sostenido por Cauvin, que nos da pie para pensar lo ocurrido en Argentina en estos últimos años

donde ha primado esta cuestión del quehacer histórico buscando la ampliación de audiencias.

Historia Pública y divulgación en Argentina (2000-2015)

En el artículo que citábamos de Thomas Cauvin, este autor hacer un relevamiento de nuestro continente en relación con el tema y sólo menciona a Colombia y Brasil como lugares donde se utiliza esta expresión. También señala que no abundan los congresos de la especialidad. Cosa que tiene un correlato en la Argentina. Si hay un término emparentado es el de “divulgación de la historia”, nacido quizás con similares preocupaciones a lo dicho, por ejemplo, por Santhiago, pero que no ha surgido principalmente de la vida universitaria. Digámoslo con más cautela: no ha brotado de su corazón, de su centro. Y tampoco ha quedado inscripta en ella con fuerza. De hecho, sólo en muy pocas carreras de Historia se dictó una materia que la tuviera como objeto y problema a pensar y en la actualidad solo existe una propuesta de posgrado sobre ella¹⁷.

Son contadas con los dedos de una mano, entonces, las experiencias

¹⁷ A modo de ejemplo podemos señalar las siguientes experiencias: Ezequiel Adamovsky y Gabriel Di Meglio dictaron el seminario “Problemas de historiografía. La divulgación histórica: reflexiones y prácticas desde el oficio del historiador” en el segundo semestre de 2013 en la Universidad de Buenos Aires, Argentina y en el segundo semestre de 2014 en la Universidad Nacional de la Plata, Argentina. Por su parte, Javier Trímbolí dictó en la Universidad Nacional General Sarmiento la asignatura “Divulgación y circulación social de la Historia” en el año 2015 y 2016 y, desde 2017, está a cargo de la asignatura “Problemas de Historia Argentina: Divulgación y circulación social de la Historia”, en la carrera de Historia de la Universidad Nacional de La Plata. En la Universidad Nacional de Quilmes, en 2019, se comenzó a dictar el Diploma de Posgrado “La Historia pública y la divulgación social de la Historia” y, desde el año 2021, la Maestría en Historia Pública.

donde se problematiza o se ha problematizado la noción de Historia Pública. En cuanto a escritos, una bibliografía que tenga a la “divulgación de la historia” como asunto es más limitada aún, y si acotamos la búsqueda a revistas con referato, esto es incluso más evidente. Realmente hay muy pocas publicaciones sobre el tema. Tan es así que estaríamos a punto de caer en la exageración si dijéramos que entre nosotros la divulgación –ya no la Historia Pública– se encuentra más o menos cerca de devenir en un campo disciplinar. Ni siquiera en formación. A pesar de lo dicho, la definición que aporta Cauvin nos es familiar, ya que efectivamente tal cosa existe, se practica y se ejerce. Sin el nombre, quizás aún sin una reflexión que esté a la altura de lo que se produjo, de algunos de sus efectos, se hace Historia Pública y desde hace mucho tiempo. Sin embargo, vamos a pensar lo ocurrido desde principios de los 2000 para acá, en relación con el Estado. Esto requiere considerar, combinadamente, su relación con los medios.

Retomemos los planteos de Cauvin, ya que algunos de sus postulados nos resultan útiles para esta presentación. Atengámonos a la letra de esa definición, a sus vértices fundamentales: “audiencias no académicas”, “participación pública” y “metodología histórica”; si ponemos el foco en estos términos, inevitablemente –nos guste o no– tendríamos que señalar que en la Argentina esto tuvo un mojón fundamental en el año 2005 con el surgimiento del canal del Ministerio de Educación de la Nación, el *Canal Encuentro*, para continuarse en las iniciativas que se llevaron adelante en 2010 a propósito del Bicentenario. Hubo un antecedente, mucho menos visible pero ubicado en la misma línea, de lo que se puso en marcha en 2006, cuando se conmemoraron los 30 años del último golpe de Estado, también desde ese mismo Ministerio. De alguna manera, el punto de arranque coincide con un momento que Cauvin señala hacia el 2000, de revalorización del rol del historiador

(Cauvin, 2018: 5).

En efecto, *Encuentro* abrió una nueva situación, inimaginada por su intensidad, en la relación entre pasado y sociedad. Con el condimento principal de que recurrió a historiadores que en su mayoría no sólo habían egresado de la Universidad, sino que tenían una fuerte inscripción en ella. Antes de eso, y desde el final de la dictadura y los inicios del gobierno de Raúl Alfonsín, por supuesto que habían existido intervenciones de historiadores en el espacio público, incluso asesorías a ministerios y participación en algunos proyectos que buscaban alcanzar un público más amplio que el de sus pares. Además, claro, de la gestación de los manuales escolares que siempre les asigna un lugar a los historiadores, muy variado, por cierto.

Pero *Encuentro* marcó un salto, fue un punto alto en la circulación de conocimiento sobre el pasado que iba de las universidades a la sociedad. Con sus intermediaciones, sus necesarias aclaraciones a las que ya llegaremos. Pongamos algunos nombres: *Historia de un país*, *Bio.ar*, programas de varios capítulos y tema específico, sobre el Chacho Peñaloza, sobre el éxodo jujeño, sobre Sarmiento, sobre la Dictadura, sobre los desaparecidos, sobre Malvinas, etc., más películas como *Revolución. El cruce de los Andes* y *Belgrano*; por último, *Paqa Paqa*, con sus muchos episodios de *Zamba*, probablemente la creación más importante, por su interpelación masiva y a la vez situada, de la divulgación de la Historia (Morea y Reclusa, 2016). El decrecer de todo esto –de vuelta, nos guste o no–, también se puede fechar casi con precisión a partir de diciembre de 2015. Uno de los principales comentaristas políticos de la hora y del presente, nos referimos a Carlos Pagni, celebraba desde las páginas de *La Nación* que “después de una larga década en la que el poder manipuló el pasado para dominar el presente, el nuevo mandatario inició su período con un discurso sin

referencias a la historia” (Pagni, 2015). Tomar distancia de la historia pasó a ser una decisión a sostener, y se sostuvo. A la par, el *Canal Encuentro* y *Paqa Paqa* se eclipsaron, lentamente al principio.

No obstante, no nos conformemos con esto. Porque si nos alejamos del énfasis de Cauvin en la importancia de la formación en la metodología histórica para hacer Historia Pública, es decir, de una formación universitaria, podríamos retrotraer la explosión de la circulación de productos culturales sobre el pasado a otros fenómenos e incluso a un momento anterior. En ese 2005, también se dio la aparición de un programa de televisión, íntegramente dedicado a la historia argentina, que tuvo una muy importante audiencia y que potenció lo que ya era un éxito editorial. Agreguemos que el programa fue emitido no sólo por uno de los canales más vistos de la televisión argentina sino, sencillamente, por el principal. Nos referimos, claro está, a *Algo habrán hecho por la historia argentina*, el programa conducido por Mario Pergolini y Felipe Pigna, así como a los libros de este último *Los Mitos de la Historia Argentina*.

Es muy cierto que se pueden encontrar diferencias no menores entre un fenómeno y otro –digamos, rápidamente, que *Encuentro* es un producto del Estado, mientras que *Algo habrán hecho...* lo es del mercado– pero también que la intersección no es sólo cuestión de que compartan una fecha cercana, sino que se trata de que una misma coyuntura los vio nacer. Vale calibrar esta confluencia que, además, tiene a los medios masivos de comunicación en el centro, porque si no, corremos el riesgo de caer en el error de hablar de lo ocurrido desde la aparición de *Encuentro* como si antes no hubiera existido nada, como un fenómeno nacido desde un vacío y sin condiciones que lo hicieran

posible¹⁸. En algún punto *Encuentro* y *Algo Habrán Hecho...* están asociados a la crisis del 2001 y, además, el primero es tributario de lo producido, en términos del discurso histórico, por el segundo.

Los primeros episodios de *Algo Habrán Hecho...* vinieron acompañados de un gran éxito comercial y repercusión en el público y por un debate bastante extendido en los medios académicos que se “derramaron” o se hicieron públicos mediante la prensa, donde intervinieron figuras con mucho peso específico dentro del campo intelectual e historiográfico argentino. La nota más recordada quizás sea la de Hilda Sabato y Mirta Lobato, pero no fue la única (Sabato y Lobato, 2005; Sarlo, 2006). Queda claro que este artículo de Lobato y Sabato inaugura una coyuntura en la que el saber historiográfico golpeará la puerta y a la vez será llamado desde distintos medios de comunicación para hablar del pasado y, más en particular, para salir al cruce de lecturas sobre la historia argentina que alcanzaron importante repercusión social. Más allá de si nos gusta la manera de entender la historia, *Algo Habrán Hecho...* expresó el surgir –o el resurgir– de las ganas de mirar al pasado argentino. Pablo Semán pone a los primeros libros de Pigna –que fueron los que lo llevaron a hacer el programa de TV– en una misma serie con otros –los de Jorge Lanata o Marcos Aguinis– que desde el año 2000 tenían como asunto el pasado argentino y marcaron un fenómeno cultural y de ventas muy importante (Semán, 2006). Y en parte esto se debió a una crisis de sentido, pero también a un cierto momento de la disciplina.

Todavía en los albores de la Public History en Estados Unidos, el historiador Ronald Grele, en un artículo muy breve, de corte

¹⁸ Por lo demás, señalemos que Felipe Pigna tuvo participación en el *Canal Encuentro* así como también en la *Televisión Pública*; y se rodeó, tanto en estos proyectos como en los más personales, por egresados de la carrera de Historia.

ensayístico, pero como pudimos reconstruir, de alto impacto dentro del campo académico norteamericano, hacía un par de observaciones interesantes para lo que estamos queriendo plantear. Por un lado, se preguntaba qué entendían por “History” y por “Public” los nuevos cultores de esta disciplina o de este campo, porque no le parecía que esos dos términos, que ahora se pronunciaban juntos, tuvieran significados unívocos, y, por otro, realizaba una advertencia: el peligro de olvidar aquellas otras iniciativas, previas a las actuales, y sobre todo el riesgo de dejar de lado el contexto social que había impulsado la necesidad de transformar la relación entre la Historia y la sociedad o de los historiadores y la sociedad. Para Grele, la convulsionada década del 60 en Estados Unidos, con la Guerra de Vietnam, las movilizaciones y reclamos del movimiento de derechos civiles, por la igualdad de oportunidades laborales y el feminismo, son el subtexto donde se insertan los reclamos a los historiadores académicos que van a dar lugar a la Public History (Grelle, 1981: 44-46). Resulta difícil contradecir a Grele en este punto. Si hay un momento del siglo XX donde se hicieron visibles las contradicciones del “American Dream” y del “American Way of Life” es, precisamente, en los años 60. No por nada, algunos han dicho, como Bruce Franklin, que detrás de la Guerra de Vietnam y los conflictos por ella generada en el interior del país, en realidad lo que debemos ver es una disputa por el “alma” de Estados Unidos entre distintos actores, distintos intereses, que quieren cosas diferentes para su “Pueblo”, su “Nación”, y que esto tuvo consecuencias duraderas que se pueden palpar aun al día de hoy (Franklin, 2012). Por lo tanto, el proceso de conformación de un campo para la Historia Pública en los Estados Unidos se inicia en los campus universitarios, donde los estudiantes y algunos profesores se habrían rebelado contra los académicos e investigadores de las principales

universidades, a quienes se los acusaba de haberse encerrado en su torre de marfil durante los últimos años. Y no debería extrañarnos esto, si también en los 60 se gestaron y tejieron algunas de las protestas y reclamos más importantes del siglo.

Entonces, mientras que en los orígenes de la Historia Pública en EEUU estuvo el fenomenal movimiento social de finales de los sesenta, los inicios de la “divulgación de la Historia” en la Argentina nos hacen topar con la movilización social que dio el tono a la llamada crisis del 2001. Movilización que, fuera de la ciudad de Buenos Aires, comenzó mucho antes, que se prodigó en asambleas y cortes de ruta, que careció de emblemas políticos clásicos –de hecho, uno de sus cuestionamientos fue a la “clase política” en su conjunto– y que encontró uno de sus símbolos en la bandera argentina. También el símbolo patrio se desentendió de referencias históricas más definidas, como si estuviera vaciado de ese lenguaje; pareció marcarse el grado cero de inscripción en la historia. Sin embargo, desde la bandera, se propagó un interés nuevo, un apetito relanzado por el pasado argentino (Trímboli, 2015).

Y aunque acá no podemos decir que los historiadores más importantes del CONICET o de las Universidades fueron interpelados por sus estudiantes o algunos de sus pares, sí es cierto que daba la sensación de que también estaban encerrados en “una torre de marfil”, como sus colegas norteamericanos, que los había alejado de la sociedad¹⁹. O, al menos, al “estallar el debate” sobre la divulgación histórica en la Argentina, tras la aparición fulminante de Felipe Pigna, esta cuestión, darle la espalda a la sociedad, apareció de forma recurrente como uno de los principales elementos que permitían explicar que una

¹⁹El historiador español Julián Casanova también alude “a la necesidad de salir de la torre de marfil” para referirse a la aparición de la divulgación y la comunicación de la historia para grandes audiencias (*Volver al Futuro*).

propuesta como la de *Algo Habrán Hecho...* tuviera tanto éxito²⁰. La idea del espacio vacante dejado por los historiadores tras el proceso de “profesionalización” de la disciplina iniciado con la recuperación democrática sirvió como primer vector explicativo (Morea, 2023). En una frase muy elocuente, *La Nación* titulaba la presentación de una colección nueva de libros de historia de la siguiente manera: “La historia académica, al contraataque” (*La Nación*, 2007). En el interior de esa colección, Jorge Gelmán, su director y uno de los historiadores más importantes de los últimos años, decía lo siguiente: “La investigación historiográfica ha avanzado mucho en los últimos 20 años. Pero paradójicamente la profesionalización del campo lo ha cerrado hacia adentro. Los historiadores son más numerosos y cada vez más escriben para sus colegas” para, luego, precisar los objetivos de esos nuevos libros que estaba editando Sudamericana: “Esta nueva colección busca ser un puente entre la mejor historia que se hace y un público que busca la explicación de los procesos históricos” (*La Nación*, 2007). Pigna, pero también *Encuentro* y *Paka Paka*, nada habrían sido sin eso. En los EE.UU., los años sesenta habían llevado a una rebelión de los mismos campus universitarios... Entre nosotros no fue igual, pero se cuestionó que el conocimiento académico le hubiera dado la espalda a la sociedad en un contexto de crisis económica, política y social, pero también de identidad, como abrió el 2001.

Aunque el lanzamiento de *Canal Encuentro* y el de *Algo Habrán Hecho por la Historia Argentina* tuvieron lugar en el mismo año y respondían a una coyuntura similar, lo cierto es que rápidamente el panorama cambió. Si bien el éxito del programa de Pigna y Pergolini

²⁰ Un antecedente de esto quizás puede ser lo ocurrido con Félix Luna que, en tanto historiador dedicado a la divulgación, no siempre fue considerado un académico y fue denostado por muchos de los llamados historiadores profesionales.

habilitó otras temporadas en Telefé e incluso otro programa posterior, *El Gen Argentino*, también referido a la historia, aunque no de manera exclusiva, lo cierto es que los programas de divulgación histórica o de comunicación pública de la ciencia, como pueden ser *Científicos Argentinos* o *Ver para Leer*, el programa que conducía Juan Sasturian, fueron perdiendo espacio en los medios de comunicación privados y ganando protagonismo en los medios públicos²¹. En paralelo, el espacio en los medios públicos para este tipo de programas (*Canal 7* y *Canal Encuentro*) fue creciendo y, además, se multiplicaron las pantallas, porque después apareció *PaKa PaKa* y, luego de la sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual, también se crearon canales universitarios. Esta diversidad de opciones, en algún punto queda opacada por la hegemonía, bien entendida, que tuvo el *Canal Encuentro* en hacer llegar a miles de hogares nuevas producciones de historia o de otras disciplinas, y quizás por ello, cuando nos referimos a lo ocurrido con la comunicación pública de la ciencia y específicamente con la divulgación e historia pública de 2005 en adelante, hablamos del “momento Encuentro”.

Así fue como entre 2005 y 2015, una importante cantidad de historiadores e historiadoras trabajaron delante o, sobre todo, detrás de pantallas de televisión, pero también de cine o de micrófonos de radio. Y en una época donde aún no predominaban las plataformas de *streaming* ni se había impuesto el consumo *on demand*, los medios audiovisuales que hoy consideramos tradicionales se llenaron de producciones que solo después de ser estrenadas y tener un largo recorrido en radio y/o TV tenían un destino en la web. Como

²¹ Acerca de esta situación y la dificultad de sostener programas de comunicación de la ciencia en los medios privados se puede ver la entrevista a Claudio Martínez que integra este libro.

decíamos, desde el Estado Nacional, en particular desde el Ministerio de Educación, se produjo lo más visible, pero también se plegaron a este accionar los estados provinciales, los municipios, las universidades nacionales, y también hubo lugar para que surgieran una miríada de iniciativas desde la sociedad civil, más difíciles de percibir y catalogar, pero no por eso menos reales e interesantes. Muchas de ellas tuvieron como pantalla el mismo *Canal Encuentro*, que no solo cobijó las producciones impulsadas por los Ministerios de Educación o de Ciencia y Técnica, sino que también ofreció su espacio a esas otras producciones independientes.

Si invitáramos a alguno de los participantes de los congresos de Historia Pública norteamericanos, casi seguro que no encontraría ningún problema aquí, observando la relevancia que en el caso argentino tiene la divulgación de la historia desde el Estado. De hecho, en el itinerario que describe Cauvin, el trabajo con organismos del Estado es uno de los filones fundamentales de la Historia Pública, sobre todo porque este historiador ve cómo la relación con los organismos públicos y del Estado se puede transformar en una salida laboral en un contexto de restricción de oportunidades para los graduados formados en la reflexión y en la metodología histórica de las universidades norteamericanas (Cauvin, 2018: 12). Por lo tanto, este observador se sentiría altamente satisfecho al ver que sobre el cierre de los títulos de cada episodio de *La asombrosa excursión de Zamba* aparece un nombre, el del colega Gabriel Di Meglio como asesor histórico y co-responsable de los guiones y, entre paréntesis, se indican sus adscripciones institucionales fundamentales: CONICET y UBA. Quizás más aún si le comentamos que, además, el personaje de *Zamba* se convirtió en una de las figuras fundamentales de la cultura escolar, en la que Mafalda, cada vez menos reconocida por chicos y chicas,

desde hace décadas no tenía compañía. *Zamba* fue del CONICET al aula de las escuelas primarias de todo el país, siempre despertando enorme simpatía²². En no pocos casos, compitiendo cabeza a cabeza con la simpatía despertada por algunos de los personajes de *cartoons* salidos de los grandes estudios de animación de los Estados Unidos. Que la estrategia para lograr esto en parte fuera replicar el modelo de esas producciones, su estilo gráfico, su funcionamiento —el parecido físico entre San Martín y Superman no es casual—, no quita que lo que estaba detrás o encima, o debajo o rodeando a esos capítulos de *Zamba* y sus compañeros de clase fueran eventos, sucesos y personajes de la Historia argentina que fueron vistos una y otra vez por el público en edad escolar. En algún punto, el trabajo detrás, pero sobre todo delante de cámara, en programas como *Bio. Ar* o *Años decisivos* transformó a Gabriel Di Meglio en la cara de una Divulgación/Historia Pública con anclaje en la producción académica que además resultaba interesante, atractiva para el gran público²³. Pero el de Di Meglio no fue el único caso, ya que fueron muchos otros los que decidieron superar cierto prejuicio que pesaba en la academia sobre aquellos historiadores que intentaban combinar la producción para los especialistas y para el gran público²⁴. En algún punto, lo dicho por Ricardo Santhiago, la Historia

²² Ezequiel Adamovsky dice al respecto: “*Zamba* me parece un producto notable. Ya le dije a Gabriel que para mí *Zamba* va a tener la entidad como personaje que hoy tiene Mafalda para las generaciones más grandes, va a tener un impacto como personaje instalado en la memoria colectiva muy fuerte” (Morea y Reclusa, 2016: 200).

²³ Podría decirse que Gabriel Di Meglio fue para la Historia lo que Diego Golombek para las disciplinas experimentales.

²⁴ El interés creciente por la comunicación pública de la ciencia llevó a que dentro de la evaluación continua de los investigadores se comenzara a contemplar lo realizado por ellos en esta área. Aunque aún tiene un peso relativo muy menor, no deja de ser importante su inclusión como síntoma de un cambio de época en la relación entre ciencia y sociedad.

pública como ampliación de audiencias, aplica perfecto para esto que estamos narrando.

Este tipo de cuestiones, además, vino acompañado de la participación de historiadores en diversas actividades e instituciones. Roberto Amigo, por ejemplo, fue el curador principal de dos muestras que tuvieron lugar en el Museo Nacional de Bellas Artes, una en 2008 y otra en 2015, *Las armas de la pintura y Teġoporá* y su trabajo quedó reflejado no solo en el tiempo en que duró el montaje sino también en los catálogos que se hicieron en esas ocasiones. La novedad del periodo igual no estuvo tanto en la participación de un Historiador del Arte en un Museo de la especialidad, sino en la preocupación que hubo por parte del Estado de tratar de ocupar la dirección de los museos nacionales de temática histórica con especialistas del área. En algún punto, esta decisión parece estar dándole doblemente la razón a Cauvin porque, por un lado, se buscó incorporar profesionales entrenados en la metodología y el análisis histórico para tratar de renovar los guiones y muestras de esas instituciones y, de esta manera, la relación con el gran público que los visita, pero también, porque para muchos graduados el trabajo en un museo fue una nueva salida laboral más allá de la docencia y la investigación.

No sabemos si la Historia Pública alberga sueños sobre su expansión, creemos que sí, la creación de un posgrado en esa línea de trabajo, la aparición de nuevas figuras y caras –algo que incluye la aparición de referentes mujeres como Julia Rosemberg, Camila Perochena o Pupina Plomer– y de iniciativas más en línea con los tiempos que corren –en términos tecnológicos y comunicacionales– nos habla de que es así. Sin embargo, tampoco tenemos dudas de que lo que ocurrió entre 2005 y 2015 fue como un sueño hecho realidad, considerando cuál era el punto de partida. Mucho de lo ocurrido en esos años vino de

la mano del acompañamiento del Estado, y el cambio de ciclo político significó un reajuste. Por un lado, porque hubo un cambio en la política comunicacional y en los apoyos a la producción de nuevos contenidos vinculados a la divulgación de la ciencia y, por otro, porque se produjo también un cambio en la relación que le asignaba a la historia la nueva fuerza política a cargo del Ministerio, de *Encuentro* o *Paşa Paşa*, en la construcción de narrativas identitarias (Wasserman, 2021). Cuestión, que ya mencionamos, fue celebrada por algunos medios y columnistas de diarios que acompañaron ese cambio. Por otro lado, más allá de las modificaciones en las políticas públicas, también se experimentó un cambio desde lo tecnológico y en la forma en que los públicos se relacionaban con las producciones culturales.

Así como, a principios del siglo XXI, la televisión se convirtió en el vehículo elegido para llegar a grandes audiencias, desplazando al libro como el soporte favorito de los historiadores a la hora de hacer divulgación o historia pública, ahora todo transcurre en internet y las redes sociales. No es que los programas o documentales hayan dejado de existir, pero sí es cierto que perdieron relevancia. Los canales de YouTube, de *streaming*, los *reels* o publicaciones en Instagram, los hilos en X y los podcast son los medios preferidos para ampliar audiencias en donde el consumo a demanda y la segmentación de contenidos y de públicos marca la forma en que esas publicaciones interesadas en el pasado se relacionan con las producciones de los historiadores públicos. Entre ellos, además, hubo una clara renovación generacional y una preponderancia de la gestión autónoma de estos nuevos artefactos culturales.

A modo de cierre

En los últimos años, en Argentina, hemos asistido a la irrupción, con mucha fuerza, por cierto, del concepto de Historia Pública. Su uso cotidiano, no obstante, no vino acompañado de una reflexión sesuda sobre qué entendemos por ella, en muchos casos ni siquiera hemos abrevado en algunas de las tantas definiciones que andan circulando en los diferentes medios académicos. Lo que parece haber ocurrido es más bien un reemplazo de la vieja idea de la divulgación histórica por la de Historia Pública. En algún punto, esto es correcto, ya que varias de esas definiciones enfatizan la cuestión de la ampliación de audiencias o la producción de materiales y contenidos para públicos no académicos como uno de los principales vectores de la Historia Pública. Por supuesto que también puede ser otra cosa y puede ser practicada de otros modos: no son pocos los que consideran que este tipo de propuesta deja al público en un rol demasiado pasivo, estableciendo jerarquías además muy marcadas, que parecen inamovibles, donde está bien claro quiénes detentan el saber (Kean, 2012). Pero más allá de esos debates, las propuestas de Cauvin y Santhiago, en esta oportunidad, nos fueron de mucha utilidad para pensar lo ocurrido en los últimos años en Argentina.

La crisis de sentido e identidad que significaron los sucesos del 2001 trajo al primer plano un renovado interés por nuestro pasado. Encerrados en sus torres de marfil, no fueron los historiadores académicos los que dieron respuesta a esa necesidad de los ciudadanos por aprender la Historia de nuestro país, la más inmediata y la más lejana, como forma de comprender cómo se había llegado hasta ahí. El “vacío” dejado por los historiadores por el repliegue sobre su labor

especializada desarrollada en universidades nacionales e instituciones científicas fue ocupado por otros como Lanata, Aguinis, Pigna, Pacho O'Donnell que, con un discurso quizás poco *aggiornado* a la producción del campo disciplinar, construyeron explicaciones que resultaron muy exitosas en términos editoriales, de circulación en medios de comunicación y de adhesión popular.

Luego de una reacción que se pareció más bien a una defensa corporativa, varios historiadores e investigadores de CONICET aceptaron el desafío que la coyuntura les presentaba y empezaron a pensar en la importancia de producir contenidos para audiencias no académicas. Esto coincidió con un cambio en la lógica de la comunicación de la ciencia por parte del Estado durante los llamados gobiernos kirchneristas. El *Canal Encuentro*, dependiente del Ministerio de Educación, se transformó en la principal plataforma desde la cual el discurso histórico más académico logró trascender las aulas y los pasillos de la universidad con algunos programas que terminaron siendo emblemas como *La Asombrosa Excursión de Zamba...* La variedad de formatos, de voces y propuestas fue una de las características de estos años así como la preponderancia del rol del Estado (en sus diferentes escalas) en el sostén y financiamiento de estas producciones. La apuesta del Ministerio era darle impulso a la comunicación pública de la ciencia y, en ese contexto, la Historia y los historiadores encontraron un importante espacio y también un reconocimiento a su tarea. Este momento de relativa expansión de la Historia Pública, o de lo que en ese momento se llamaba divulgación histórica, tuvo lugar entre 2005 y 2015. Luego de ello no es que desapareció, pero su potencia disminuyó con el cambio de políticas públicas que trajo la llegada de una nueva administración al gobierno nacional, la de la coalición Cambiemos.

Pero en paralelo a estos eventos, que dieron por finalizado lo que varios denominan “el momento *Encuentro*”, también hemos asistido a un cambio técnico y tecnológico dentro de las comunicaciones que cambió la forma en que los ciudadanos se relacionan con las producciones culturales y artísticas. La era del *on demand* y los consumos segmentados que permiten las nuevas plataformas de *streaming* y redes sociales también impactaron en la forma en que los historiadores públicos llevan adelante sus producciones al día de hoy. Si antes todo tenía que pasar por la TV para luego subirse a la web, hoy todo se hace para Internet primero y para la tele, el cine o la radio, después. Esta irrupción de nuevos formatos trajo aparejada también la renovación generacional de las principales caras que hoy asociamos con la Historia Pública y la aparición, con mucha más fuerza, de mujeres al frente de este nuevo momento. Aunque en algún punto la Historia parece haber perdido cierto espacio y relevancia en la sociedad o en la comunicación pública en relación a lo ocurrido en esos años de 2005-2015, estamos lejos de un repliegue total como habíamos tenido en los años previos a 2001. Seguimos hablando del pasado, pero quizás aún sea pronto para describir la forma que adquirió la Historia Pública en estos años, ya que estamos también ante lo que parece ser una reconfiguración de la esfera pública y hasta de cierto paradigma cultural y político.

Bibliografía

- Cauvin, Th. 2018. “The Rise of Public History: An International Perspective”, *Historia Crítica*, 1/68: 3-26, DOI: 10.7440/histcrit68.2018.01.
- Demantowsky, M. 2018. “What is Public History” in *Public History and School. International Perspectives*, M. Demantowsky (editor). Berlín, De Gruyter.
- Franklin, B. 2012. *Vietnam y las fantasías norteamericanas*. Buenos Aires, Final Abierto.
- Grele, R. J. 1981. “Public? Whose History? What is the Goal of a Public Historian?”, *The Public Historian*, 3 / 1: 40-448.
- Kean, H. 2012. “Thinking about people and Public History” in *Working Papers on Memory, Narrative and Histories*, G. Dawson (editor). Brighton, University of Brighton.
- La Nación. 2007. “La historia académica, al contraataque”, *La Nación*, 11 de octubre. En línea: <https://www.lanacion.com.ar/cultura/la-historia-academica-al-contraataque-nid951991/>
- Liddington, J. 2002. “¿Qué es la historia pública?”, *Oral History*, 30 / 1: 83-93.
- Morea, A. 2023. “De paralelas, cultura de masas y divulgación: Reflexiones sueltas sobre una entrevista a Halperin Donghi” en *Tulio Halperin Donghi. La herencia está ahí. Diez entrevistas comentadas*, J. Trímboli (editor). Buenos Aires, Omnívora Editora, 241-247.
- Morea, A. y A. Reclusa. 2016. “El pasado en cuestión. Cruces entre la investigación académica y la divulgación popular. Entrevista a

- Ezequiel Adamovsky y Gabriel Di Meglio”, *Pasado Abierto* 2 / 4.
- Pagni, C. 2015. “Ensayo de ruptura con lo viejo”, *La Nación*, 11 de diciembre. En línea: <https://www.lanacion.com.ar/politica/ensayo-de-ruptura-con-lo-viejo-nid1853272>.
- Sabato, H. y M. Lobato. 2005. “Falsos Mitos y viejos héroes”, *Ñ*, 31 de diciembre.
- Santhiago, R. 2016. “Duas palavras, muitos significados: alguns comentários sobre a História Pública no Brasil” em *História Pública no Brasil: sentidos e itinerários*, R. Santhiago, J. Rabêlo, y A. M. Mauad (editores). São Paulo, Letra e voz, 23-35.
- Sarlo, B. 2006. “Historia académica vs. historia de divulgación”, *La Nación*, 22 de enero. En línea: <https://www.lanacion.com.ar/cultura/historia-academica-v-historia-de-divulgacion-nid773981>.
- Seman, P. 2006. “Historia, best-sellers y política” en *Bajo continuo: exploraciones descentradas sobre cultura popular y masiva*. Buenos Aires, Gorla, 77-110.
- Trímboli, J. 2015. “La vuelta de la historia: Consideraciones sobre la nueva presencia pública de la historia”, *Pasado Abierto* 1 / 1.
- Volver al Futuro*. 2020. “Episodio Especial: La Historia y los historiadores en época de pandemia con Julián Casanova”, 11 de mayo, disponible en <https://podtail.com/podcast/volver-al-futuro-el-programa-de-radio-del-cehis/volver-al-futuro-el-programa-de-radio-del-cehis-ep/>.
- Wasserman, F. 2021. *En el barro de la historia. Política y temporalidad en el discurso macrista*. Buenos Aires, SB.